

van por detrás de la realidad, a remolque de ella. Hay en estas páginas una visión crítica de la vida de los exilados en París, del funcionamiento del PCE¹⁰ y de sus pacatas ideas sobre la moral sexual. Pero también explica cómo a los que en París se consideraban héroes, en Madrid se les tiene por burócratas; tras la salida de la cárcel no sólo no eran héroes sino que se habían convertido en sospechosos. La novela, en suma, con sarcasmo celi-niano, con humor e ironía, muestra que los sueños –los privados y los públicos– pueden convertirse en pesadillas, pues no en balde los personajes pasan del idealismo izquierdista al pragmatismo socialista. El tortuoso camino que recorren los lleva del idealismo antifranquista a la autoaniquilación individual, de las conspiraciones izquierdistas a los aledaños del poder socialista.

Otro de los autores que más han reflexionado al respecto, tanto en sus artículos como en sus novelas, ha sido Manuel Vicent. El tema aparece como hilo conductor de muchos de los textos que componen *A favor del placer* (1993), que no en balde se subtitula *Cuaderno de bitácora para naufragos de hoy*. Así, en «Tribunal», Vicent muestra el proceso de envejecimiento como metáfora de la degradación moral. El espejo en el que se mira es el juez que condena cada mañana a aquel que antaño fue un «joven rebelde que quería cambiar el mundo», pero que con el tiempo «ha ido aceptando las reglas del juego», por lo que todas sus renunciaciones y actos de sumisión se reflejan en el deterioro de su físico (patas de gallo, papada, lobanillo, canas, párpado caído, la amargura de los labios), «hasta completar la propia máscara que lo define», pues ya no tiene rostro sino máscara. No más optimista es «Álbum», en el que alguien, al repasar unas fotos en las que está con sus amigos, se da cuenta de que, aunque «la marea los ha arrastrado a distintas playas, ninguno ha cumplido sus sueños». «En 30 años» traza la evolución de los entonces considerados «progresistas», de «toda aquella promoción de rojos desencantados», que ayer eran hijos y hoy son abuelos preocupados por sus nietos, que han pasado del marxismo militante a la superstición religiosa, pasando por el erotismo ibicenco, la gastronomía de altos vuelos, el esoterismo, las finanzas y el cuidado del cuerpo. Ahora, «esta crisis que es la suya» se centra en el peligro nuclear de unas centrales abandonadas en los antiguos países del Este, y en ese ejército de mendigos que avanza sin cesar hacia el corazón de Europa. «Tesoro» es el relato de varios engaños. El primero se produjo, cuenta Vicent, cuando éramos jóvenes, con la utopía socialista, aunque con

¹⁰ «Por fin estoy en el Partido, ya no tengo qué pensar» (Alfaguara, Madrid, p. 71), comenta un personaje.

la invasión de Hungría y Praga, o el primer viaje a un país del Este, perdieran la inocencia. El segundo engaño lo perpetraron los socialistas españoles («con sus masters, sus barbitas y su ética»), a los que llevamos al poder. Pero saltaron los primeros escándalos y la corrupción. Ahora sólo queda la esperanza —concluye el autor— de no ser burlados por tercera vez, convirtiéndonos en ultraliberales. En este tortuoso recorrido, comenta, la utopía se esfumó, como desaparecieron las bellas muchachas que teníamos en los brazos.

Vicent ha descrito su *Jardín de Villa Valeria* (1995) como una metáfora de los ideales izquierdistas, representados aquí por la casa derruida que da título a la novela. Se retrata a los protagonistas como a una generación generosa que abrió muchas puertas a la libertad y también a algún precipicio. La acción, que transcurre entre 1968 y 1982, vale como crónica de una época, de las amargas frustraciones de unos individuos ingenuos que han acabado deslumbrados ante los brillos de una sociedad consumista, hipócrita e injusta. Pero quizá la novedad mayor, con respecto a las anteriores narraciones, estriba en que Vicent se plantea qué ocurrió con los hijos de estos viejos progres que iban a crecer sin los traumas que ellos sufrieron. En su novela, estos chicos abandonan la casa paterna, se hacen drogadictos o descubren su homosexualidad. Y todo ello puede resumirse en un episodio trágico y dos grotescos. En el primero, se narra la desaparición de una joven y el hallazgo de su cadáver en Hamburgo. En el segundo, aquel joven que parecía ingeniero de caminos es en realidad «mago internacional», y en el último se narra la historia de un joven travesti. Creo que sobran los comentarios.

En otras muchas narraciones de estos últimos años se muestra también un desencanto y una crítica similares a los que hemos visto. Pienso, por ejemplo, en *Tiempos mejores* (1989) de Eduardo Mendicutti, o en *El buque fantasma* (1992), de Andrés Trapiello, por sólo aludir a dos obras de las que me he ocupado en otro lugar¹¹. O en *Pájaro en una tormenta* (1984), de Isaac Montero, que es un retrato de la sociedad española durante la transición, de las frustraciones y del enmascaramiento de la mala conciencia que generó.

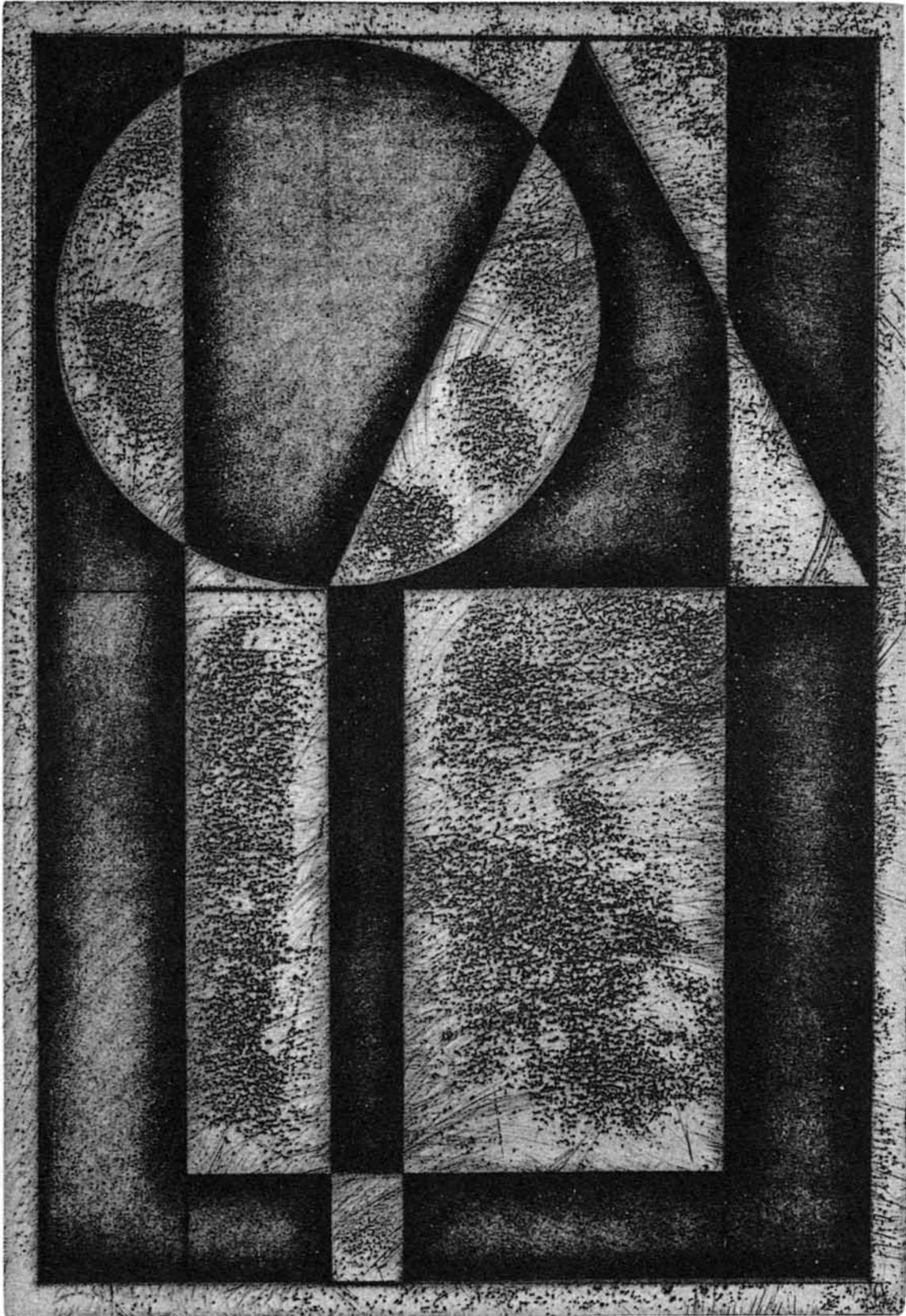
Ya Belén Gopegui (Madrid, 1963) en *Tocarnos la cara* (1995) se había ocupado del tema, pero es *La conquista del aire* la que puede servirme mejor para concluir y mostrar desde otro punto de vista, desde otra edad,

¹¹ Vid. «La narrativa de Eduardo Mendicutti: otros ámbitos, otras sensibilidades, otro lenguaje», *Turia (Teruel)*, 21-22, X/1992, pp. 14 y 15; «La suma fragilidad de los sueños», *La Vanguardia*, 15-V/1992.

en qué se quedaron los sueños juveniles o cómo «la izquierda, la comunidad de espíritus críticos (...), reinaba sin reino». El relato se sustenta sobre tres pilares: la amistad, el dinero y el compromiso social. O, si se formula de otra manera, la novela plantea las distorsiones que genera el dinero en tres viejos amigos, que desde que llevan una «vida real» (trabajan, tienen casa y una pareja), aunque no dejan de buscar coartadas, traicionan sus viejas ilusiones y viven perplejos sus mezquindades. Piensan de una manera y actúan de otra, toman decisiones pero no pueden elegir. Y mientras tanto se preguntan, ya que «han dimitido del hacer», en qué consiste hoy ser de izquierdas, cuántas pueden ser sus claudicaciones o hasta dónde llega ahora su responsabilidad social.

Si Lourdes Ortiz señalaba en *Luz de la memoria* que una de las palabras claves de su generación era «enrollarse», unos años después, Guelbenzu, en *El río de la luna*, se decantaba por «autenticidad»¹². Hoy, cuando la derecha vuelve a gobernar (en Cataluña –donde escribo– no ha dejado de hacerlo nunca), las palabras clave quizá sean «joven», «acomodarse» y «oportunismo». Es difícil decidirse. Como afirma un personaje de *En la lucha final* (novela en la que se denuncia a aquellos escritores que han «convertido la literatura en el almacén de vuestra melancolía, y la habéis colocado lejos de casa, en un terreno que visitáis los fines de semana»), y puede valer como resumen de estas páginas: «escribir no resuelve los interrogantes pero, al cargarlos de sentido, los hace soportables». Quizás, en el fondo, no pretendían otra cosa los escritores españoles, pero tampoco parece equivocado empeño tratar de explicar, de narrar, un pasado cercano que pueda servir para entender mejor el presente.

¹² En *Visión del ahogado* realiza Millás una reflexión sobre este concepto.



Si hay que tener